



VOL: AÑO 8, NUMERO 23

FECHA: SEPTIEMBRE-DICIEMBRE 1993

TEMA: LAS SOCIOLOGÍAS ESPECIALIZADAS: Un estado de la cuestión

TÍTULO: **Breve historia de la sociología del trabajo en México: Rutas en su constitución**

AUTOR: *José Othón Quiroz Trejo, Luis Méndez y Berrueta* [\*]

SECCION: Artículos

## RESUMEN:

En este ensayo hacemos un recorrido histórico-analítico de 20 años de investigación social sobre el trabajo. La historiografía obrera, el auge de los estudios de proceso de trabajo y la autonomización relativa de las especialidades -economía laboral, sociología del trabajo y antropología laboral- son estudiados a partir de su propio desarrollo y en su relación con el movimiento obrero que afectó notablemente a la academia. Damos cuenta de la separación y diferenciación de objetivos, métodos y técnicas de investigación de la sociología del trabajo en relación con la economía laboral, así como de las diferencias manifiestas entre una sociología del trabajo hecha en épocas de auge del movimiento obrero y una sociología hecha después de su derrota.

## ABSTRACT:

Brief History of Labour Sociology in Mexico. Routes through its Constitution.

In this essay the authors make a 20 year historical-analytical journey of social research on work. The working class historiography, the boom of working process studies and the establishment of autonomy relative to specialities (labour economics, labour sociology and labour anthropology) are studied from their own development and within their relationship with the working class movement, which remarkably affected the academy. The authors give account of the separation and differentiation of objectives, methods and research techniques of labour sociology, in relation with labour economics as well as differences shown between labour sociology done in times of a working movement boom and one done after its defeat.

## TEXTO

### Introducción

El tema del trabajo en la sociología no es de tratamiento nuevo; los clásicos y fundadores de la disciplina lo han abordado. En el siglo XIX, Marx, Durkheim y Weber [1] se preocuparon de esta cuestión; en el XX, Wright Mills, Gouldner y Touraine, [2] entre otros, también se detuvieron a meditar en algún momento de sus carreras intelectuales sobre el papel del trabajo en las sociedades que les tocó vivir. Por debajo de estos flujos, por todos conocidos, corrían los estudios empíricos que les dieron datos y contenido a las teorías de los que han pasado a formar parte de la historia de lo que hoy conocemos como sociología del trabajo.

El propio Marx -considerado uno de los principales teóricos del trabajo, aun antes de que la sociología del trabajo se hubiera constituido como tal- reconoció la importancia de los informes de los inspectores del trabajo en Inglaterra (Marx, 1974: 173) y utilizó como fuentes los trabajos de Ure (1975), Babbage (1975) y Adam Smith (1958), así como matemáticos, químicos, economistas y otros técnicos que sentaron las bases del proceso de racionalización del trabajo y su organización, antecedentes de Taylor, Ford y Mayo, [3] cuyos materiales fueron la base de importantes reflexiones y discusiones en la sociología industrial, de la empresa, de las organizaciones y del trabajo.

Para Marx y Durkheim, que crecieron en medio del avance de las fuerzas productivas y de un modo de producción cuyo motor eran la fe en el progreso y el crecimiento al infinito, el trabajo era determinante para comprender el funcionamiento de la sociedad. Impactados, en diferentes grados, por el carácter avasallante del sistema productivo en el siglo donde se consolida la modernidad capitalista, ambos pensadores ponen el trabajo en el centro de sus reflexiones "sociológicas". El trabajo era, y sigue siendo, un momento importante de la reproducción del sujeto social. Cualquier reflexión sobre la sociedad tendría que pasar por el reconocimiento de la esfera de la producción y del trabajo, aunque los grados de importancia que se les otorgara fueran diferentes.

De aquí arranca la historia del trabajo en la reflexión sociológica, asumida y no asumida. [4] Este origen marcará los problemas en la fundación de la disciplina en México. Del marxismo, en su versión de los sesenta, y de la teoría sociológica saldrán las preocupaciones de académicos y militantes por reflexionar sobre los problemas del trabajo y los trabajadores. De aquí también arrancan sus diferentes ópticas y propuestas teórico-metodológicas; problemas como la tensión entre totalidad y especialización, la confrontación entre academia y sociedad, entre dato y teoría y la propia dificultad para conformar una comunidad de sociólogos del trabajo parten de este doble origen.

#### Antecedentes

"Ninguna definición, ningún estudio del trabajo pueden ignorar su aspecto económico, cualquiera que sea la forma como se interprete y la importancia que se le conceda" (Rolle, 1974: 44). Es por ello que la sociología del trabajo siempre aparecerá ligada a la sociología industrial, a la sociología de las organizaciones y a la sociología de la empresa, porque esos son algunos de los principales espacios donde se efectúan las relaciones de intercambio que tienen que ver con el trabajo, de las cuales el propio trabajo -entendido como mercancía- forma parte. Esta relación entre economía y sociología del trabajo es más complicada de lo que parece y más adelante será materia de una reflexión más profunda. En sus orígenes en México, la sociología del trabajo aparece subordinada a la sociología industrial, de la empresa o de las organizaciones. El trabajo aparece como un factor importante e inevitable al hacer un estudio de sociología industrial, pero subsumido en ésta. La sociología del trabajo también le servía de auxiliar a la sociología de la empresa que, a su vez, se encontraba subordinada a la sociología industrial, considerada como "la rama de la sociología que estudia la estructura y dinámica de sistemas sociales denominados empresas" (Barragán, 1966: 27).

Esta sociología, surgida de una academia con pocos o nulos vínculos con la realidad social circundante, nacía de preocupaciones estrictamente teóricas (Guzmán, 1964), o era promovida por quienes, de forma por demás voluntarista, intentaban transportar a México las inquietudes que les habían dejado sus estudios de posgrado en el extranjero, en ocasiones sin ninguna relación con las problemáticas sociales del país que encontraban a su regreso. Era también la preocupación de técnicos más interesados en los problemas de la empresa que en los de los trabajadores, orgullosos administradores que, a través de la administración de la producción, la economía o la ingeniería industriales canalizaban

las influencias de algunas vertientes de la sociología norteamericana preocupadas por el trabajo como variable dependiente -industrial sociology-, para conseguir un "mejor uso de los recursos disponibles" (Barragán, 1966: 66).

Estos intentos coinciden con los trabajos de algunos intelectuales demócrata-cristianos de la primera parte de los años setenta, igualmente carentes de experiencias de investigación, producto del ya mencionado divorcio entre la academia y la sociedad de la época. La diferencia con los estudios de técnicos con visión empresarial como Roberto Barragán, es que sociólogos como José Trueba (1976) le dan su propio espacio a la especialización en sociología del trabajo, aunque sus trabajos sigan siendo meras traducciones y resúmenes de textos desarrollados en Europa y los Estados Unidos sin ninguna sustentación, teórica o empírica, en México.

Los años setenta. El trabajo y las ciencias sociales

Las aguas de la academia y la socialidad extrauniversitaria corrían paralelamente, hasta la irrupción del 68 mexicano y sus consecuencias posteriores. El 68 de los trabajadores llegó con la década siguiente. El surgimiento de la llamada insurgencia sindical puso en la escena social a los trabajadores, que de variables dependientes o datos subordinados a la empresa -el trabajo como capital- devinieron sujeto social y, para muchos, sujeto revolucionario. El entusiasmo no era para menos; después de casi diez años de relativa calma laboral, los trabajadores del país comenzaron a rebelarse, con reivindicaciones que iban más allá de la mera exigencia económica. Cansados de un patrón de acumulación que había hipotecado el ejercicio de sus derechos sindicales en aras de una relativa estabilidad en el empleo y en los precios, comenzaron a ejercer su derecho a la huelga. Sus acciones afectaron a la academia y las ciencias sociales se movieron buscando explicaciones y proponiendo salidas al movimiento obrero de la época. Las universidades se acercaron a una realidad social convulsionada; la emergencia de una cadena interminable de conflictos laborales abrió el camino para la reflexión, en principio desde las ciencias sociales en general, sobre los problemas del trabajo en México.

Economistas, sociólogos, antropólogos, politólogos y comunicólogos acudieron a sus respectivas herramientas teórico-metodológicas y a sus técnicas de investigación para historizar, describir, interpretar y proponer salidas a los trabajadores. Los primeros estudios se centraron en la historia del movimiento obrero tratando de recuperar sus experiencias pasadas, de revisar críticamente la historia oficial, de rehacerla de acuerdo con las exigencias de aquel presente. [5] En aquellos años los científicos sociales ocuparon espacios propios de historiadores, nació una historiografía crítica, "estudios del pasado para comprender el presente y construir el futuro" al calor de las luchas obreras. Cada disciplina le imprimía a sus trabajos un sello propio. Historia social, política y económica, aunque nadie se atrevía a aceptar que en cada una de ellas había algo de especialización, porque toda esta historiografía tenía un común denominador: el marxismo en pleno auge, que entusiasmaba con sus propuestas totalizadoras y que, aparentemente, resolvía los problemas de síntesis de tan múltiples enfoques historiográficos.

Por aquellos años, la especialización era vista como la compartimentalización de la realidad; olía a positivismo, a dispersión "burguesa", a metafísica. En algunos casos servía para descalificar al investigador o militante de una corriente política opositora, cuando se trataba de interpretar y discutir políticamente lo que sucedía en las fábricas, las oficinas, el campo y las propias universidades. Eran los tiempos donde la consigna era ligar la teoría a la praxis y convertirse en un intelectual orgánico de los trabajadores. Este estilo marcaría la historia de dos décadas de estudios sobre el trabajo y, a mediano plazo, dificultaría la conformación de una comunidad de sociólogos del trabajo.

En este contexto, algunos estudiantes y profesores vivían el dilema de haber crecido en una realidad donde la división del trabajo ya se había impuesto dentro de las ciencias sociales. Se era sociólogo, antropólogo o economista con cierta vergüenza de tener un saber dividido, vergüenza sólo superada por la desgracia de ser pequeño-burgués y no proletario de origen. En esta atmósfera intelectual difícilmente se podía hablar de la especificidad de lo sociológico y mucho menos de la especialidad de la sociología del trabajo, sobre todo entre los estudiantes o profesores interesados en conocer la condición obrera.

La historiografía mantuvo su hegemonía aunque, paso a paso, van apareciendo los trabajos que analizan un aspecto particular de la fuerza de trabajo. Los sociólogos y otros científicos sociales comienzan a cultivar la vertiente económica del marxismo, sobre todo aquellos interesados en la investigación empírica. Otros, los preocupados por la teoría, recurrirían al marxismo filosófico y de él a su versión más especulativa: el althusserianismo.

Francisco Zapata (1986: 1314) considera que, por aquellos años, en México ya se estaba haciendo una sociología del trabajo. El engloba como análisis sociológicos una serie de estudios con preocupaciones centradas en el trabajo pero no desde una perspectiva sociológica, entre ellos estudios de historiografía social como la colección sobre La clase obrera en la historia de México coordinada por Pablo González Casanova (1980); estudios de economía política de la fuerza de trabajo como el de Jeffrey Bortz y Ricardo Pascoe (Bortz, 1977); o trabajos de historiografía política, como el de Arturo Anguiano (1975) sobre el movimiento obrero y el cardenismo. La sociología del trabajo apenas estaba en gestación; lo que se estaba haciendo era una investigación social -en el más amplio sentido del término- sobre los trabajadores, su historia, su estructura, sus formas de lucha y de organización. En esa época pocos investigadores asumían explícitamente su intencionalidad sociológica.

Justo aquí cabe preguntarnos sobre el ámbito de estudio de la sociología del trabajo. Su objeto de estudio, en principio, es el trabajo como momento creador de relaciones sociales dentro y fuera del espacio laboral. Para la sociología, el trabajo es el núcleo central sobre el que gira la pesquisa y, a partir de ahí, se abordan los sujetos que lo realizan y sus relaciones con otros sectores de clase e instituciones dentro y fuera de las relaciones de producción. La sociología del trabajo privilegia la identidad laboral de los sujetos y busca en ella explicaciones a las identidades construidas en el espacio de la reproducción extralaboral y a su interacción con los empresarios, los partidos y el Estado. De la misma manera, la sociología del trabajo privilegia métodos y técnicas provenientes de esta disciplina o utiliza herramientas de otras especialidades o disciplinas poniéndolas al servicio de sus búsquedas sociales. Lo que nos interesa es dejar planteada la necesidad de establecer claramente los ámbitos de la sociología del trabajo, para rescatar sus aportes a los estudios sobre el trabajo. Con ello no pretendemos invalidar la calidad y la importancia de investigaciones no estrictamente sociológicas, sino llamar la atención sobre las preocupaciones de cada disciplina o especialidad disciplinaria que las diferencian en sus enfoques, métodos, técnicas y objetivos para estudiar al trabajo. Esta diferenciación, como veremos más adelante, es particularmente importante en relación con la economía política del trabajo.

Los setenta. El trabajo y la sociología

En 1978 se abre la opción vocacional de Sociología del trabajo asalariado en la carrera de Sociología de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales (FCPyS) de la UNAM, que procuró adaptarse a las autoridades que entraban de lleno a la institucionalización de las

especialidades sociológicas, para poder abordar dentro de lo instituido el estudio (instituyente) de los problemas del trabajo asalariado. Se trataba de una alternativa crítica a las propuestas de corte empresarial, como la que estaba implícita en la materia de Sociología industrial, que el Tecnológico de Monterrey ya había institucionalizado años antes. Una aceptaba el carácter conflictivo del trabajo y sus anomalías, la otra lo negaba y daba elementos a los administradores para atacar esas anomalías, mantener la disciplina y maquillar el carácter alienado del trabajo. El surgimiento de esta opción vocacional fue un producto indirecto de la ya citada emergencia del proletariado industrial y del trabajador urbano como sujeto social. Desafortunadamente, el sectarismo propio de la época dio al traste con ese espacio donde pudieron haberse debatido los problemas del trabajo asalariado desde la riqueza de ópticas diversas.

De cualquier manera, simultáneamente, la década produjo importantes estudios de académicos y militantes o de académicos colocados en la militancia que, sin proponérselo explícitamente, iban abriendo brecha a una auténtica reflexión sociológica sobre el trabajo. A la par de un estudio puente de Leopoldo Alafita (1977) aparecieron dos trabajos pioneros de la sociología del trabajo, el de Angel Fojo (1973) sobre la huelga de Automex de 1969 y el folleto elaborado por el taller de comunicación de la FCPyS sobre la huelga de Pemex en Tula (Taller de comunicación, 1974).

Es pertinente aclarar que recalcamos la importancia de la reflexión sociológica no por corporativismo disciplinario, sino porque, para la época, el buscar descubrir las relaciones sociales y las dimensiones sociopolíticas de los conflictos obrero-patronales detrás de las categorías de la crítica a la economía política marxista, representaba un avance. La presencia del marxismo ya era importante dentro de las ciencias sociales. Estas tuvieron un auge y un desarrollo inusitados, a los que coadyuvó la realidad social conflictiva que impulsaba a la academia y al propio marxismo. Desafortunadamente ya proliferaban los vicios de un marxismo dogmático, sectario, determinista, monoexplicativo, donde la economía ejercía su dominio sobre las otras disciplinas y era considerada la base del cientificismo marxista, un Marx acondicionado a las normas del discurso científico positivista. La objetividad se identificaba con la materia, ésta con la producción y sus categorías económicas -plusvalía, tasa de ganancia, composición orgánica de capital, capital constante, capital variable-, indicadores cuantitativos vaciados de sus contenidos sociales, nuevos fetiches que propiciaban investigaciones deductivas. La especulación que lindaba con lo místico, propia del marxismo filosófico, también se había agotado, lo que propició el viraje hacia el marxismo economicista que, en poco tiempo, acabó siendo una nueva ortodoxia que negaba unilateralmente cualquier referencia a la subjetividad, a la cultura o a la dimensión sociopolítica que no estuvieran sustentadas en las condiciones materiales que "determinaban la realidad en última instancia". Por ello, la sociología y la antropología vinieron a darle un nuevo aire a los estudios sobre el trabajo, a devolverle sus dimensiones sociales, culturales y políticas.

El año de 1979 fue determinante para la sociología del trabajo en México. Antropólogos, economistas, sociólogos, médicos e historiadores elaboraron un conjunto de trabajos que desplazaban, en gran medida, a los realizados sobre la fuerza de trabajo, que se acogían bajo el nuevo parapeto de los estudios de proceso de trabajo apenas en ciernes. La propia historiografía recuperaba la herramienta analítica del proceso de trabajo, sentándose así las bases de la sociología del trabajo que se consolidó en la década siguiente. La razón era simple: el retorno al proceso de trabajo, al estudio del espacio laboral como espacio de explotación, le devolvía al trabajo su carácter fundacional de relaciones técnicas y sociales de producción. En esos días, los estudios de proceso de trabajo hacían acopio de técnicas y métodos de investigación de la sociología de las organizaciones, de la sociología de la empresa y de la sociología industrial puestas al servicio del análisis sociológico del comportamiento obrero en el centro laboral; de la

búsqueda de relaciones entre los comportamientos extrafabriles y la composición técnica del trabajo; de la relación fábrica-sociedad-Estado. Algunos estaban conscientes de los avances de la sociología del trabajo, otros la negaban por su fobia a la especialización -a pesar de que el propio marxismo ya tenía sus lecturas especializadas- y otros aún no se percataban de que estaban construyendo una sociología del trabajo en México, fuesen sociólogos o no.

En el Encuentro sobre Historia del Movimiento Obrero, convocado por la Universidad Autónoma de Puebla en 1979, se presentaron varios trabajos que enfocaban el análisis de la formación, estructura y luchas de los trabajadores desde la óptica del proceso laboral. Entre ellos destacaban las investigaciones del Taller del Area Industrial del Colegio de la Universidad Autónoma de Nuevo León (Taller del Area Industrial, 1980) y de los antropólogos Augusto Urteaga (1980) y Lucía Bazán (1980). Un año antes ya había sido publicado un artículo sobre el proceso laboral y su influencia en la salud (Laurell, 1978).

En ese mismo año se realizó el 2º Coloquio de Historia Obrera organizado por el Centro de Estudios Históricos y Sociales del Movimiento Obrero (CEHSMO), donde se presentaron avances de investigaciones de procesos de trabajo de Javier Rodríguez (1979), María de la Luz Arriaga (1979), Sergio Sánchez y Raúl Nieto (1979) y José Othón Quiroz (1979). [6] En el 2º Encuentro de Talleres Autogestionarios, realizado en Jalapa, se presentó un ensayo colectivo sobre los obreros de La Caridad (Quiroz et al., 1979) en la misma línea que los avances anteriores. El pródigo año se cierra con dos trabajos monográficos, uno sobre la empresa y el conflicto de Spicer (Ramos et al., 1979) y otro sobre los sindicatos de Ciudad Sahagún (Novelo y Urteaga, 1979). En esta década aparece también un trabajo en la misma línea de Guillermo Campero sobre los trabajadores del Centro Industrial del Valle de Cuernavaca (Campero et al., s. f.).

Los ochenta. El proceso de trabajo y los residuos de la determinación en última instancia

Los estudios que parten del proceso de trabajo tienen varios orígenes y su proliferación tuvo mucho que ver con las diferentes lecturas que se hicieron de El capital (Marx, 1977). A su regreso de Europa, algunos becarios trajeron diferentes formas de recuperar su primer tomo, principalmente los capítulos que van del X al XX. De Italia se tradujeron artículos de Raniero Panzieri. En Cuadernos de Pasado y Presente se publicó una antología sobre la división capitalista del trabajo (Panzieri et al., 1972). Los más radicales consiguieron la colección de materiales marxistas de la editorial Feltrinelli de Italia para leer a K. H. Roth, Toni Negri, Sergio Bologna, Massimo Cacciari y otros connotados autonomistas continuadores de la obra de Panzieri.

De los Estados Unidos se tradujo el texto de H. Braverman (1981) Trabajo y capital monopolista; otro libro recuperado, a pesar de haber sido hecho en 1964, fue Alienation and freedom de Robert Blauner (1964). Otra referencia importante provenía de un teórico de la dependencia, Ruy Mauro Marini, quien influyó en una vertiente de estudios del proletariado, quizá la más economicista pero no por ello menos relevante.

No todos los arribos al proceso de trabajo provenían de la reactualización del libro primero de El capital; la Sociologie du travail francesa también influyó en los investigadores de la época. Traducido al español en 1963, el Tratado de sociología del trabajo, coordinado por George Friedmann fue una referencia obligada para los interesados en estudiar el trabajo desde la óptica sociológica (Friedmann y Naville, 1971). Otro sociólogo que también influyó mucho fue Alan Touraine a través de sus discípulos que regresaban del posgrado en Francia cargados de enseñanzas.

Además de los influjos exteriores, a la proliferación de estas investigaciones contribuyó a nivel interno la inusitada importancia que, como espacio de análisis, cobraba el lugar de trabajo, el espacio laboral. Ahí se confrontaban dos clases y a momentos dos proyectos de sociedad en el país. La vuelta al proceso de trabajo, a la identidad laboral, era una intentona de reconocer un momento de la socialidad olvidado, porque durante los años del desarrollo estabilizador parecía que en las fábricas y demás centros de trabajo no había más que una aparente paz laboral. La importancia del proceso de trabajo correspondía a una realidad conflictiva que lo reforzaba como espacio de confrontación social digno de ser estudiado.

Con los dos coloquios internacionales sobre proceso de trabajo, organizados por el Posgrado de la FCPyS en 1980 y 1981, se consolida la investigación de este tipo. Algunos sociólogos van a reconocerse en esta forma de investigar y a recobrar su identidad profesional. Otros se incorporan a ella junto con su experiencia anterior en carreras técnicas. El arribo al proceso de trabajo obliga a los investigadores sociales a reconocer la importancia de la técnica; por ello establecen relaciones con administradores de la producción e ingenieros industriales. Por otro lado, este acercamiento a la técnica propicia que algunos de los futuros investigadores del trabajo sinteticen sus conocimientos adquiridos como contadores, administradores de empresas, ingenieros químicos, etc. con los de las ciencias sociales en aras de comprender mejor la realidad de la condición obrera de la época. [7]

En el inicio de la década de los ochenta, y como producto de los mencionados coloquios, son publicados varios ensayos que conforman la plataforma de los estudios en torno del trabajo y el proceso laboral, que marcan el inicio de un estudio sobre el trabajo más cercano a una sociología del trabajo propiamente dicha. Se trata de reflexiones hechas desde diferentes disciplinas de las ciencias sociales con distintas ópticas y un común denominador: todas son producto de un período de auge de las luchas obreras de la insurgencia sindical.

Los resultados de esas investigaciones, de acuerdo con sus preocupaciones disciplinarias y sus formas de abordar el proceso de trabajo, se agrupaban en tres vertientes. Primero, los estudios elaborados por antropólogos, ricos en trabajo de "campo", en fuentes de información de primera mano, que utilizaban las historias de vida, la historia oral, la observación del proceso de producción y el auxilio de categorías y conceptos de la economía política. Entre otras cosas, sus trabajos nos mostraron las profundas implicaciones culturales en la vida fabril y en la organización y acción sindicales (Bazán, 1980); la cotidianidad fabril como generadora de relaciones sociales y de poder (Montiel, 1991); además de aterrizar los estudios de corte foucaultiano al realizar investigaciones sobre la microfísica del poder ejercido en los centros de trabajo (Meza, 1983). Con sus ensayos conocimos la voz y la opinión obreras sobre la producción, los representantes del capital y sus propios representantes (Novelo, Adleson y García, 1987).

El segundo conjunto de investigaciones fueron sociológicas. Sus preocupaciones originales consistieron, entre otras, en explorar la relación entre formas de conciencia, formas de organización sindical, la calificación y la composición técnica de los trabajadores (Quiroz y López, 1981 y Méndez y Durango, 1983); la búsqueda de factores que ayudaran a comprender la acción obrera a partir del conocimiento de las formas de socialidad fabril (Montiel, 1991) junto con los antropólogos descubrieron las formas ocultas de resistencia obrera, aquellas reacciones consideradas anómicas por algunas corrientes de la sociología norteamericana y por algunos ortodoxos militantes leninistas que las consideraban peyorativamente como inconscientes o espontaneístas (Quiroz, 1980; Méndez y Durango, 1983 y Montiel, 1991). En estas investigaciones las categorías de la economía política cobran una dimensión social y sociológica. La fuerza de trabajo

-capital variable-, por poner un ejemplo, es vista como tal, como variable, como sujeto vivo que se mueve y cambia, que tiene ciertos grados de imprevisibilidad más allá de ser vista sólo cuantitativamente como una mercancía que produce valor. En algunas de estas pesquisas el interés es recalcar que los fenómenos técnico-económicos también tienen una faceta y una motivación político-social no traducible a cantidades y, a partir de ese objetivo, los autores se encuentran con las experiencias obreras italianas y la reflexión hecha sobre ellas, de donde recuperan su politicismo (Quiroz y López, 1981 y Méndez y Durango, 1983). Otros, a partir de la constatación del grado de conciencia sindical de los sectores más profesionalizados de los trabajadores, buscan en la sociología tourainiana un respaldo explicativo y conceptual a sus constataciones (Binzberg, 1982).

La tercera vertiente es aquella en que los investigadores intentan comprobar las tesis marxistas plasmadas en *El capital*. En el centro de su metodología está una lectura economicista de Marx y el método de la crítica de la economía política. Comprobar el grado y las formas de explotación de la clase obrera mexicana (Marini, Sotelo y Arteaga, 1981); cuantificar la tasa de ganancia, la plusvalía, la composición orgánica; medir la productividad y los efectos de la reestructuración capitalista sobre los trabajadores en estos términos (De la Garza, Corral y Melgoza, 1987), son algunas de las preocupaciones de estos trabajos. A finales de los ochenta, se incorpora a este grupo una versión mexicana de los estudios de economía laboral de los regulacionistas franceses, y con ellos la búsqueda de las relaciones salariales, las normas de consumo y los patrones de reproducción en la historia del capitalismo mexicano (Gutiérrez, 1988). Las fuentes de estos trabajos eran de carácter eminentemente cuantitativo: cuadros elaborados con base en información censal, indicadores basados en información contable de las empresas e información extraída de contratos colectivos.

Simultáneamente al auge de la alternativa totalizadora marxista que representaban los estudios de proceso de trabajo, surgían de su seno diferentes opciones, formas primigenias de especialización que más tarde darían forma a una antropología laboral, a una sociología del trabajo y a una economía laboral. Productos de necesidades, objetivos y métodos diversos, de las investigaciones de proceso de trabajo -cuyo común denominador era su apoyo en una lectura contemporánea de *El capital*- se desprenderían los estudios antropológicos y sociológicos diferenciándose de los estudios más centrados en objetivos económicos.

La sociología del trabajo, en particular, buscaría profundizar su exploración de las relaciones capital-trabajo vistas como relaciones sociopolíticas. Sin dejar de utilizar los importantes aportes marxistas, procuraría incorporar otras vías metodológicas y otras técnicas propias de su disciplina para continuar el proceso de definición de su espacio epistemológico. Cansados del tecnoeconomicismo de ciertos estudios que gravitaban en torno de la versión económica del marxismo, tan arraigada en aquellos años en que todavía "la determinación en última instancia" se reflejaba en un cierto imperialismo disciplinario de la economía sobre otras ciencias sociales, algunos estudiosos del movimiento obrero van reconciliándose con sus orígenes aunque sin perder la enorme riqueza que representó su acercamiento al marxismo. Descubren sus diferencias con el economista laboral pues como explica Pierre Rolle, aunque sus objetos de estudio sean los mismos, sus enfoques son divergentes en cuanto a la relación capital-trabajo dentro de la empresa. Si para el economista el salario es una simple "variedad de distribución de las rentas [...], o coste de un factor particular de la producción" (Rolle, 1974: 32), para el sociólogo es la expresión de una relación social compleja y conflictiva no siempre reducible a indicadores numéricos.

Esta correspondencia y oposición de puntos de vista y la exigencia, entre otras cosas, de un concepto de objetividad proveniente de la economía [8] propiciaron, por un lado, la

coexistencia crítica de estudios del trabajo desde la óptica de diferentes disciplinas sociales y, por el otro, la saludable autonomización relativa de la sociología del trabajo y de la antropología laboral y su diferenciación de los estudios de economía industrial y economía del trabajo.

Con palabras de P. Rolle que se adecuan perfectamente a la atmósfera de la época, cuando el movimiento obrero daba todavía signos de vitalidad, entendemos las intenciones de una sociología del trabajo, nacida en aquel contexto, de conducirse hacia "una descripción de la alienación en las relaciones económicas y de proponer [...] la reconstitución y la revalorización de la unidad que componen el obrero y su obra" (Rolle, 1974: 32).

La crítica de los estudios "sociológicos y antropológicos" de los ochenta

En la segunda parte de la década la situación del movimiento obrero cambió totalmente: la derrota histórica de 1983, la crisis y la restructuración económica que adquirió -políticamente- la forma de una reconstitución del comando del capital en la sociedad, mesuraron el optimismo de militantes y analistas sobre el presente y futuro de los trabajadores y sus organizaciones. La reflexión de las ciencias sociales sobre el trabajo se tornó más escéptica. El desempleo, la inflación, la relocalización de las unidades productivas y sus efectos sobre las formas de organización política de los trabajadores dentro y fuera de la fábrica también afectaron los estudios sobre la estructura y la acción obreras de la época. Se comenzó a abrir una brecha entre los que se incorporaban al estudio de la clase obrera después de su derrota y los que transitaban de los años de auge a los de crisis y regresión. Entre los ajustes de cuentas y balances de la segunda mitad de los ochenta hay uno, elaborado desde la posición de los recién incorporados a la comunidad informal de científicos sociales preocupados por el trabajo, que merece detenerse en él, porque, de uno u otra manera, representa el puente entre ese grupo emergente de investigadores y los que venían trabajando desde los setenta; entre los economistas laborales, por un lado, y los sociólogos y antropólogos del trabajo, por el otro.

Desde esas posiciones, el trabajo titulado *La investigación sobre la base obrera en México: un balance preliminar* (De la Garza et al., 1986), desde una óptica económica, centra sus observaciones sobre los estudios del proceso de trabajo de corte sociológico y antropológico. El primer blanco de sus críticas, producto de una particular visión cuantitativista que ya reseñamos renglones arriba, es el "carácter eminentemente descriptivo y la ausencia de cuantificaciones en las descripciones" (De la Garza et al., 1986: 97) de los estudios mencionados. La incompreensión de otras disciplinas sociales diferentes a la economía lleva a los autores de esta acotación a pensar que toda descripción, para ser válida, necesita estar acompañada de datos cuantificables. Por otro lado, su crítica a las descripciones no los hace más que caer en el lugar común de una época en la que, todavía, lo económico y lo teórico gozaban de un estatuto de superioridad sobre otras ciencias sociales y sobre la investigación empírica, respectivamente.

Las siguientes objeciones a los estudios socio-antropológicos fueron a su supuesto deductivismo, al tratar -a decir de los autores- de verificar lo que otros teóricos ya habían establecido sobre las problemáticas abordadas en sus trabajos, y a la ambigüedad de su producción conceptual. La primera objeción es particularmente injusta, sobre todo si observamos que representaron un flujo de investigaciones que respondió al reto de ir a la realidad social en busca de información empírica, en un momento en que incluso había que construir o reconstruir las fuentes de información -diagramas de flujo productivo, informes de visitas a fábricas, entrevistas, encuestas, historias de vida, recuperación de la

prensa obrera marginal y de revistas empresariales de circulación restringida-. A la sistematización de sus datos siguió su interpretación, para lo cual se recurrió a autores de otras tierras cuyas reflexiones eran confrontadas con la realidad nacional para adecuar o modificar sus categorías y conceptos; es cierto, el abordaje de los datos no fue una operación inductiva pura -ausente de contaminaciones de conceptos ya trabajados-, pero tampoco lo fue su retorno al conocimiento ya elaborado. Por ello la segunda objeción es parcialmente válida, ya que, si bien es cierto que en algunos casos faltaban creatividad y originalidad para la creación de sus propios aparatos conceptuales, la realidad mexicana no estaba al margen de un proceso de globalización que permitía recurrir al bagaje de experiencias y conceptos elaborados en otras latitudes sin caer en la adaptación deductiva sin mediaciones a que se refieren sus críticos. Crítica parcial, porque si la ambigüedad conceptual es entendida como lo contrario de la "exactitud" propia de los conceptos de las ciencias básicas, la crítica se acerca a un neopositivismo técnico-economicista. Si la ambigüedad tiene que ver con la inmadurez de los dispositivos conceptuales, la crítica es cierta, pero incomprensiva de la realidad que vivían las ciencias sociales en México, cuya primera generación de sociólogos "masivamente" incorporados a la investigación apenas estaba consolidando los sedimentos del conocimiento teórico-empírico de sus jóvenes disciplinas.

La otra crítica importante tiene mucho que ver con la figura del investigador -sociólogo o antropólogo- asumido como intelectual orgánico del proletariado y con el mencionado optimismo que le había imprimido una década de importantes experiencias de lucha y organización de los trabajadores. Sin embargo, a pesar de estas "limitaciones", a esta generación de investigadores difícilmente se les puede acusar de colocarle "forceps conceptuales" a la realidad (De la Garza et al., 1986: 99) por ver en algunas luchas obreras la expresión de la construcción de una propuesta autonomista. Cuando se hablaba de autonomía obrera se tenían en cuenta las luchas de la Constructora Nacional de Carros de Ferrocarril; las experiencias cogestionarias y autogestionarias de Vidriera y Alumex (Gómez, 1990); la experiencia aún viva de Refrescos Pascual, e infinidad de luchas fallidas pero no por ello menos importantes o destinadas al olvido que propiciaba un presente de reflujos en el movimiento obrero. El origen de la crítica de los citados autores está en las condiciones históricas concretas en que realizaron su balance y en el escepticismo que ello les generó; la divergente forma de mirar, analizar y "clasificar" las mismas formas de lucha y organización está en que dichos investigadores surgieron después de la derrota obrera y pertenecen a una nueva figura del investigador de organicidad múltiple ligado no sólo al movimiento obrero, sino al Estado, al capital o a la renovada búsqueda de la neutralidad del conocimiento científico-académico.

Si alguna cosa debemos reconocer es que la realidad de la segunda parte de la década perdida rebasó, en gran medida, los estudios que se realizaban hasta el primer quinquenio de los ochenta. La crisis económica, la reconversión industrial y la crisis de las opciones políticas de la izquierda radical transformaron el trabajo, sus problemas y sus formas de acción. Una sociología del trabajo militante, basada en el conflicto, en el avance organizativo de los trabajadores y en la esperanza de que sus despuntes más radicales produjeran la base social que modificara la sociedad en general, iba a ser sustituida por una sociología del trabajo surgida de la concertación, de la recuperación del comando capitalista en la producción, de la reconstitución del sindicalismo corporativo, del reforzamiento del Estado con cuadros -anteriormente disidentes-, de la flexibilidad unilateral, del desencanto y de la incertidumbre.

Los noventa

Tres acontecimientos importantes marcan la nueva etapa que viven los estudios del trabajo desde la segunda mitad de los ochenta a la fecha: el Coloquio de Jalapa sobre

Crisis, Proceso de Trabajo y Clase Obrera, convocado por primera vez en 1986, la creación de la maestría en Sociología del trabajo en la Unidad Iztapalapa de la Universidad Autónoma Metropolitana y la publicación de la revista Trabajo. El primero permitió mantener viva la comunidad de científicos sociales interesados en problemas del movimiento obrero; ahí se consolidaron los investigadores que, hoy por hoy, continúan haciendo sociología y antropología del trabajo y los que ejercen la economía industrial y la economía del trabajo. La creación de la maestría de Sociología del trabajo representa el reconocimiento institucional a la autonomía de esta especialidad, a pesar de que en su seno prevalezca la enseñanza de la economía industrial y del trabajo. La revista Trabajo, aun con la ausencia de algunos importantes investigadores, mantiene cohesionada a una parte importante de la comunidad informal de científicos sociales interesados en los problemas del trabajo asalariado.

Para comprender las rutas intelectuales que sigue la sociología del trabajo en los noventa hay que tomar en cuenta, entre otros factores, la derrota de las propuestas más radicales -en términos de autonomía del movimiento obrero- y la caída del socialismo. Estos hechos han fortalecido notablemente una de las pocas opciones socialistas que consiguen sobrevivir en esta marejada finisecular, la Segunda Internacional y la influencia de su discurso socialdemócrata en el país. La importancia creciente de la Fundación Friedrich Ebert es un resultado indirecto de esa situación. Este instituto internacional ha promovido en gran medida la realización de investigaciones, coloquios y seminarios sobre problemas relacionados con la condición del trabajo en este fin de milenio y la publicación de sus resultados. Por otro lado, también la sociología del trabajo alemana -de poca presencia en las décadas anteriores- se sumó a las nuevas influencias en la investigación sobre el trabajo realizada en México, como los trabajos de Benjamín Coriat (1986) y los regulacionistas franceses como Robert Boyer (1987); la traducción de importantes investigaciones de la sociología del trabajo europea en la revista del mismo nombre publicada por Siglo XXI Editores y la influencia anglosajona a través de algunos libros de la colección Economía del Trabajo, publicada en Madrid.

Las vertientes de investigación son las mismas que surgieron en los ochenta, sólo que se les incorporaron nuevos investigadores, aunque en ocasiones es difícil definir la frontera entre las ciencias sociales que analizan el trabajo. A la vertiente económica se incorporaron de lleno Enrique de la Garza y Estela Gutiérrez. A la sociológica Graciela Bensusán y Carlos García (Bensusán y García 1990), así como Alejandro Carrillo junto con Arnulfo Arteaga y Jordi Micheli (1989), aunque los dos últimos también realicen importantes trabajos de corte económico. En la vertiente antropológica se consolidan los trabajos de Yolanda Montiel (1991) y J. L. Sariego; mientras que Ludger Pries (1988) y Leonard Mertens (1988) enriquecen la reflexión con preocupaciones y enfoques traídos de Holanda y Alemania.

Entre los temas favoritos de los últimos años, la reconversión industrial y sus efectos sobre la organización del proceso de producción predomina como principal preocupación. De ahí derivan los estudios sobre la flexibilidad en el trabajo y su impacto en los contratos colectivos (De la Garza, 1990) y en la legislación laboral (Bensusán y García, 1990); los impactos de la reconversión industrial (Gutiérrez, 1987 y et al., 1988) y las transformaciones tecnológicas en las relaciones laborales (Arteaga, Carrillo y Micheli 1989), en la calificación y la capacitación operaria (Mertens, 1988) y en las formas de lucha y organización (Montiel, 1991). Del lado de los estudios de conflicto, coyunturalmente, se siguen produciendo trabajos aunque cada vez más esporádicamente (Quiroz y Méndez, 1992; Montiel, 1992; Pries, 1993).

A manera de conclusión. Pasado, presente y futuro de la sociología del trabajo

Entre el pasado (1972-1985) y el presente (1986-1993) de la sociología del trabajo, y en general de los estudios del trabajo provenientes de las ciencias sociales, hay diferencias claras y de matiz. Los atmósfera social de los tiempos imprime su sello a las investigaciones.

Actualmente la sociología del trabajo se ha consolidado como especialidad disciplinaria. En lo que se refiere a las investigaciones de las ciencias sociales sobre el fenómeno del trabajo, los avances son notables. Con el enfoque del proceso de trabajo se avanzó notablemente, los estudios dejaron de concentrarse en las élites dirigentes, en las grandes organizaciones y en el Estado -preocupaciones propias de los estudios historiográficos y politicistas de los setenta-. La autonomía relativa que cobraron las especialidades permitió mesurar la hegemonía de la economía sobre otras ciencias sociales como la antropología, la ciencia política, la sociología y, recientemente, la psicología. Con la definición de la especificidad de los campos disciplinarios se le dio su lugar, en otro estadio de desarrollo, a la politicidad de los fenómenos que surgen de la relación capital-trabajo en el centro laboral, a la búsqueda de los factores sociológicos que están detrás de esa relación y a la revalorización de sus contenidos culturales. Con ello se enriquecieron los objetivos al investigar el trabajo y los métodos y las técnicas para observarlo y analizarlo, lo cual contribuyó al reencuentro y la redefinición de criterios de cientificidad más acordes con la sociología o, en su caso, la antropología.

Finalmente, hay que reconocer que el camino hacia la especialización va acompañado de la existencia de una comunidad informal que mantiene en contacto a los economistas laborales, los antropólogos y los sociólogos del trabajo. La intención de conformar una "subcomunidad" de sociólogos del trabajo todavía se topa con aquel obstáculo que algunos analistas denominan "tendencia egocéntrica" (Girola y Zabludovsky, 1991: 51), o con ciertos residuos del sectarismo de los setenta, que impiden la confrontación abierta de diferentes enfoques sobre el trabajo; por fortuna, todavía se mantiene esa comunidad de investigadores provenientes de todos los campos de las ciencias sociales en sentido estricto, de las llamadas ciencias económico-administrativas e incluso de algunas ciencias básicas y aplicadas que exploran problemáticas del trabajo estudiadas por sus respectivas profesiones. [9] De esta manera, el ejercicio de las especialidades disciplinarias se complementa con la rica discusión colectiva interdisciplinaria bianual o con la necesaria investigación multidisciplinaria sobre la compleja problemática laboral. [10]

Llegados los tiempos de la concertación, no dudemos del inicio de un proceso de reconocimiento de la importancia de la disciplina por parte del empresariado, y de una relación más profesional de los sociólogos del trabajo con los sindicatos y los organismos estatales encargados de seguir las relaciones entre los factores de la producción en el país. Las investigaciones multinacionales sobre el trabajo pueden ser un resultado indirecto de las nuevas relaciones comerciales entre México, los EUA y Canadá y en el futuro convertirse en una nueva veta a ser explorada por la sociología del trabajo del final del milenio.

Han pasado veinte años desde que el trabajador mexicano, acallado por una década de desarrollo estabilizador, comenzara a dar muestras de vida. La figura de la fábrica y las relaciones sociales que en ella acontecen fueron redescubiertas. El investigador mexicano buscador de vanguardias e impresionado por la espectacularidad de las marchas obreras y por la omnipresencia del Estado, dejó de remitirse a las imágenes fabriles filmadas por los clásicos del cine, comenzó a preguntarse sobre lo que sucedía dentro de los centros laborales antes del estallamiento de una huelga y la consecuente salida a las calles ciudadanas. Nació la investigación social sobre el trabajo y de ella la sociología del trabajo, ambas demasiado optimistas y comprometidas en un principio, hoy demasiado escépticas

-a momentos asépticas- y medidas en sus compromisos. Del investigador orgánico al trabajo y sus formas de acción arribamos al investigador de organicidad múltiple; del investigador del conflicto -audaz y coparticipativo buscador de la politicidad oculta en la racionalidad técnico-económica en momentos unilateral- pasamos al investigador de la era de la concertación -ponderativo y racional, procurador de la neutralidad de sus juicios producto de otros tiempos-. Entre su pasado y su presente los sociólogos del trabajo deberán bregar por el reconocimiento de su trabajo y sintetizar los logros y las limitaciones de su actuación, en tiempos de auge o regresión del movimiento obrero, para enfrentar las problemáticas de un futuro que llega demasiado rápido.

CITAS:

[\*] Profesores-investigadores del Departamento de Sociología, UAM-Azcapotzalco.

[1] A pesar de que la preocupación sobre el trabajo está presente en toda la obra de Marx destacan sus Manuscritos económico-filosóficos de 1844 (1962), Salario, precio y ganancia (1966), El capital (1977), el Capítulo VI inédito (1974) y los Grundrisse (1972). Emile Durkheim escribió dos tomos para tratar la cuestión de la división social del trabajo.

[2] Wright Mills (1973) estudió el trabajo del sector terciario en Norteamérica; Alvin Gouldner, en su época weberiana, escribió sobre el fenómeno burocrático en la industria (Gouldner, 1954a) y sobre la llamada huelga salvaje (Gouldner, 1954b); Alan Touraine ha escrito mucho sobre el tema desde sus artículos para el Tratado de sociología del trabajo coordinado por Georges Friedmann y Pierre Naville (Friedmann y Naville, 1971) hasta sus estudios sobre la conciencia obrera en América Latina (Touraine, 1978).

[3] Las dos concepciones sobre la racionalización del trabajo más importantes del siglo, más centradas en adaptar al hombre a la máquina, el taylorismo y el fordismo, fueron desarrolladas por dos técnicos a partir de su praxis fabril: F. W. Taylor (Taylor, 1980) y Henry Ford (Nevins, 1954). Del otro lado, la concepción menos técnica centrada en la subjetividad humana -Human relations- surge de los trabajos del sociólogo Elton Mayo (1972 y 1977).

[4] Algunos podrían argumentar, con cierta razón, que la reflexión moderna sobre el trabajo ya está presente en los proyectos alternativos de sociedades y de vida fabril de los socialistas utópicos. Sin embargo, estas reflexiones todavía no tienen la carga sociológica que poseen las de Marx y Durkheim.

[5] Es interesante observar cómo la vertiente historiográfica nunca llegó a producir estudios que rompieran con la historiografía tradicional de una izquierda vanguardista y estatista, donde los sujetos eran los dirigentes, los partidos y el Estado, y los trabajadores aparecían como apéndices de estas figuras. En México no hubo quien recuperara las vetas abiertas por el historiador inglés E. P. Thompson (1963). Algunos autores dividen la investigación sobre la clase obrera en México en tres "corrientes" (De la Garza et al., 1986: 86): los estudios historiográficos y los estudios sobre la población y la fuerza de trabajo, que, en nuestra opinión serían de población, mercado y fuerza de trabajo, de donde se desprenderían los estudios de economía política de la fuerza de trabajo que, en algunos casos, se convertirían en estudios de proceso de trabajo. Con un fuerte sesgo economicista, estos trabajos constituirán la economía industrial y del trabajo de los noventa, a diferencia de los estudios de corte más sociológico y antropológico, que conformarán la sociología del trabajo y la antropología laboral.

[6] Estos investigadores -cuyos trabajos, más afinados, fueron posteriormente publicados en la revista Cuadernos Políticos- se sumarían a la corriente del proceso de trabajo junto

con Augusto Urteaga, Asa Cristina Laurell, Juan Luis Sariego (Sariego y Santana, 1982), Ilan Binzberg, Ruy Mauro Marini y Arnulfo Arteaga, Yolanda Montiel y Luis Méndez.

[7] Entre algunos de esos profesionistas que emigraron a las ciencias sociales están Ilan Binzberg, Enrique de la Garza, Othón Quiroz, Luis Méndez y Arnulfo Arteaga.

[8] En una crítica a los estudios sociológicos y antropológicos, investigadores de la vertiente económica reclaman a las investigaciones socio-antropológicas la falta de indicadores para "medir" sus conceptos (De la Garza et al., 1986: 98).

[9] Ejemplo de ello son algunos trabajos, entre los cuales están dos que no podemos dejar fuera de nuestro recuento, las acuciosas investigaciones que desde el derecho laboral y la medicina del trabajo han realizado Graciela Bensusán (Bensusán y García, 1990 y Bensusán, 1990) y Asa Cristina Laurell junto con Mariano Noriega (1987), respectivamente.

[10] Una característica de las investigaciones colectivas en la actualidad es que en ellas participan investigadores de diversas especialidades; los problemas imponen, poco a poco, la investigación multidisciplinaria. Con los estudios de proceso de trabajo se hicieron necesarias las asesorías de ingenieros industriales, administradores de la producción y otros profesionistas para estudiar el proceso técnico de producción. Con ello se inició el camino hacia la multidisciplinariedad en el estudio del trabajo.

#### BIBLIOGRAFIA:

Alafita, L. (1977). "Sindicalismo independiente en México, algunos indicadores 1971-1976", en Memoria del primer coloquio regional de Historia obrera, CESHMO, México.

Anguiano, A. (1975). El Estado y la política obrera del cardenismo, Edit. Era, México.

Arriaga, L. M. y Márquez, S.M. (1979). "El proceso de trabajo en la fábrica, de loza 'El Anfora'", en Memoria del segundo coloquio regional de historia obrera (MEMO-SCRHO), CEHSMO, México.

Arteaga, A., Carrillo, J. y Micheli, J. (1989). Transformaciones tecnológicas y relaciones laborales en la industria automotriz, Fundación Friedrich Ebert (FFE), México.

Babbage, A. (1975). "Sobre la economía de la maquinaria y la manufactura" en Valerio Castronovo, La revolución industrial, Nova Terra, Barcelona.

Barragán, R. (1966). Sociología Industrial, Ed. Trillas, México.

Bazán, L. (1980). "El sindicato independiente de Nissan", en Memoria del encuentro sobre historia del movimiento obrero, tomo II, (MESHMO), Universidad Autónoma de Puebla (UAP), México.

Bensusán G. y García, C. (1990a). Cambio en las relaciones laborales: Cuatro estudios de caso, FFE, México.

Binzberg, I. (1982). La acción obrera en las Truchas, Colmex, México.

Blauner, R. (1964). Alienation and freedom, The University of Chicago Press, Chicago.

Bortz, J. (1977). "El salario obrero en el Distrito Federal, 1939-1975", en Investigación Económica, No 4, oct-dic, México.

Boyer, R. (1987). La flexibilidad del trabajo en Europa, Ministerio de trabajo y seguridad social, Madrid.

Braverman, H. (1981). Trabalho e capital monopolista, Zahar Edits., Rio de Janeiro.

Braverman, H. (1990b). Modernidad y legislación laboral, UAM-XOCH y FFE, México.

Campero, G., et.al. (s/f). La incorporación obrera en un medio de industrialización reciente: estudios de caso en CIVAC, INET, México.

Coriat, B. (1986). "Taylorismo, fordismo y nuevas tecnologías en los países semiperiféricos", en Brecha No 1, México.

De la Garza, E., et. al. (1986). "La investigación sobre la base obrera en México: un balance preliminar", en Nueva Antropología, No 29, abril, México.

De la Garza, E., et. al. (1987). "México, crisis y reconversión industrial", en Brecha, No 3, México.

De la Garza, E., et. al. , (1990). "Reconversión industrial y cambio en el patrón de relaciones laborales en México", en Anguiano, A. (Coord.), La modernización de México UAM-XOCH, México.

De la Garza, E., et. al. , et. al. (1988). "Pacto y reconversión", en El Cotidiano, No. 21, México.

Durkheim, E. (1984). A divicao do trabalho social, Edit. Presenca, Lisboa.

Fojo, A. (1973). El caso de automex: la huelga de 1969-70, mimeo, Colmex, México.

Friedmann, G. y Naville, P. (1971). Tratado de sociología del trabajo, FCE, México.

Girola, L. y Zabłudowsky L. (1991) "La teoría sociológica en México en la década de los ochenta", en Sociológica, No 15, ene-abril, México.

Gómez, A. L. (1990). Vidrieros, Información obrera-equipo pueblo-unión de productores de vidrio plano del estado de México. México.

González, Casanova P., et. al. (1980). La clase obrera en la historia de México, (18 tomos), Siglo XXI Edits., México.

Gouldner, A. (1954a). Patterns of industrial burocracy, Free Prees, Glencoe Illinois.

Gouldner, A. (1954b). Wildcat strike, Harper torchbooks, NY.

Gutiérrez, E. (1988). "De la relación salarial monopolista a la flexibilidad del trabajo, México 1960-1986" en Testimonios de la crisis. 2.- La crisis del Estado de bienestar, Siglo XXI Edits. UNAM, México.

(coord.) (1987). Testimonios de la crisis. 1. Reestructuración productiva y clase obrera, Siglo XXI Edits.-UNAM, México.

Guzmán, I. (1964). La sociología de la empresa, Edit. Jus, México.

Laurel I, A. (1978). "Proceso de trabajo y salud", en Cuadernos políticos, No 17, jul-sept, México.

Laurel I, A. y Noriega, M. (1987). Trabajo y salud en SICARTSA, SNTMMSRM-SITUAM-Maestría en Medicina Social, México.

Marx, K. (1962). Manuscritos económico-filosóficos de 1844, Ed. Grijalbo, México.

Marx, K. (1966). "Salario, precio y ganancia", en Obras escogidas, tomo 1, Edit. Progreso, Moscú.

#### BIBLIOGRAFIA:

Marx, K. (1974). El Capital libro 1, capítulo VI (inédito), Siglo XXI Edits., Argentina.

Marx, K. (1977). El Capital, tomo I, vol 2, I Libro primero, Siglo XXI Edits. México.

Marx, K. (1972). Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (borrador) 1857-1858, Siglo XXI Edits., México.

Marx, K. (1977). Problemas sociales de una civilización industrial, Ediciones Nueva visión, Buenos Aires.

Marini, R., Sotelo, A. y Arteaga, A. (1981). "Proceso de trabajo, jornada de trabajo y condiciones técnicas de producción", en Teoría y política, No 4, abril-junio, México.

Mayo, E. (1972). Problemas humanos de una civilización industrial, Ediciones Nueva visión, Buenos Aires.

Mayo, E. (1992). "Volkswagen: modernización en frío", en La jornada laboral, 30 de sept., México.

Meza, A. (1983). Fábrica y poder, mecanismos de control empresarial: ensambladora de automóviles Ford la Villa, Tesis, ENAH, México.

Méndez, L.H. y Durango, O. (1983). Los mineros de Taxco: amanecer de una lucha por la autonomía obrera, Tesis, ENAH, México.

Mertens, L. (1988). "El movimiento obrero y las necesidades de capacitación ante la reconversión productiva", en El movimiento obrero ante la reconversión productiva, CTM-OIT-FFE, México.

Montiel, Y. (1991). Proceso de trabajo, acción sindical y nuevas tecnologías en Volkswagen de México, CIESAS, México.

Nevins, A. (1954). Ford: the times, the man, the company, Charles Scribner's Sons, NY.

Novelo, V. y Urteaga, A. (1979). La industria en los magueyales, Edit. nueva imagen, México.

Novelo, V., Adleson, L. y García, A. (1987). Monografías obreras II, CIESAS, México.

Panzieri, R., et al. (1972). La división capitalista del trabajo, Cuadernos de pasado y presente, México.

Pries, L. (1988). "Tendencia racionalizadora y cambios en la calificación profesional de la industria germano-occidental del automóvil", en El movimiento obrero ante la reconversión productiva, CTM-OIT-FFE, México.

Pries, L. (1993). "Volkswagen: ¿Nudo gordiano resuelto?", en Trabajo, No 9, México.

Quiroz, J. O. (1979). "Proletariado e industria automotriz: una visión histórica", en MEMO-SCRHO, CEHSMO, México.

Quiroz, J. O., et. al. (1979). "La huelga de los obreros de la Caridad: Independencia y autonomía proletarias", en Memoria del segundo encuentro de talleres autogestionarios, W, Jalapa.

Quiroz, J. O. (1980). "Proceso de trabajo en la industria automotriz", en Cuadernos políticos, No 26; oct-dic, México.

Quiroz, J. O. y López, C. (1981). "La huelga de general motors: composición de clase, descentralización y clase obrera", en Teoría y política, No 6, oct-dic, México.

Quiroz, J. O. y Méndez L. (1992). "El conflicto de la Volkswagen: crónica de una muerte inesperada", en El Cotidiano, No 51, México.

Ramos, S., et. al. (1979). Spicer S.A., UNAM, México.

Rodríguez, J. (1979) "Condiciones de trabajo en la industria automotriz", en MEMO-SCRHMO, CEHSMO, México.

Rolle, P. (1974). Introducción a la sociología del trabajo, Edit. Planeta, Barcelona.

Sánchez, S., et. al. (1979). "Fuentes para la historia del sindicalismo independiente: en los trabajadores del calzado en León, Gto." en MEMO-SCRHMO, CEHSMO, México.

Sariego, J.L. (1982). "Transición tecnológica y resistencia obrera en la minería mexicana", en Cuadernos políticos, No 3, ene-mar, México.

Smith, A. (1958). Investigación sobre la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones, FCE, México.

Taller del área industrial, Colegio de sociología, UANL (1980). "Formas de lucha y organización en Fundidora de Monterrey S.A., 1967-1977", en MESHMO, UAP, México.

Taller de comunicación de la FCPyS (1974). La huelga de Pemex en Tula: 1974, Taller de comunicación, México.

Taylor, F. (1980). Principios de administración científica, Edit. Ateneo, Buenos Aires.

Thompson, E.P. (1963). La formación de la clase obrera en Inglaterra 1780-1832, Edit. Laia, Barcelona.

Touraine, A. (1978) "Industrialización y conciencia obrera en Sao Paulo", en Las sociedades dependientes. Ensayos sobre América Latina, Siglo XXI Edits. México.

Trueba, J. (1976), Hacia una Sociología del trabajo, IMES, México.

Ure, A. (1975) "Philosophy of manufacturers", en Valerio Castronovo, La revolución industrial, Nova Terra, Barcelona.

Urteaga, A. (1980). "Autonomía obrera y restauración empresarial: una experiencia de comités de fabrica", en MESHMO, UAP, México.

Weber, M. (1979). La ética protestante y el espíritu del capitalismo, Premia editora, México.

Weber, M. (1972). Ensayos sociológicos contemporáneos, Ediciones Martínez Roca, Barcelona.

Weber, M. (1924). "Zur psychophysik der industriellen arbeit (1908-1909) und andere Aufsätze", en Gesammelle Aufsätze zur Sociologie und sozialpolitik, Tübingen.

Wright M. C. (1973). White Collar, Aguilar, Madrid.

Zapata, F. (1986). "Hacia una sociología del trabajo latinoamericana", en Nueva Antropología, No 29, abril, México.